



*Frailes de la Orden de Predicadores
Provincia de San Luis Bertrán de Colombia
Curia Provincial*

Mensaje del Prior Provincial a todos los frailes, monjas, hermanas, laicos y demás miembros de la familia dominicana en Colombia

En estos días hemos recibido por los medios de comunicación, especialmente por las redes sociales, una gran cantidad de mensajes sobre la situación que hemos tenido que afrontar por causa de la pandemia COVID-19. Algunos de esos mensajes son informativos, otros son pedagógicos, unos contienen voces de aliento, motivación y esperanza y otros contienen noticias falsas o palabras desalentadoras. Muchos de ellos nos invitan a vivir este momento como un tiempo de gracia y de purificación, como una oportunidad estupenda para reencontrarnos con nosotros mismos, con nuestras familias, comunidades y amigos y como un espacio privilegiado para valorar las cosas sencillas, propiciar el encuentro y fomentar la creatividad y por qué no, la paciencia. Claro que también hay algunos mensajes que generan angustia, desconsuelo, incertidumbre, pesimismo, confusión e incluso fatalismo. Es tal la carga negativa de éstos que uno lo piensa dos o tres veces antes de escucharlos o leerlos. Ante este panorama tan amplio cada uno de nosotros deberá decidir sabiamente si prefiere los comentarios tóxicos o si más bien se llena de optimismo y de -como dicen los jóvenes- buena vibra, para afrontar esta realidad que, sin duda alguna, cambiará el mundo y por ende nuestras vidas. Palabras tan llenas de sabiduría, sensatez y cordura como las pronunciadas por el Papa Francisco el pasado viernes 27 de marzo, debieran ser las que nos acompañaran en estos días. Palabras así, son las que debiéramos dispensarnos todos los días, las que debiéramos pronunciar en nuestras conversaciones cotidianas. Palabras que, sin dar la espalda a la realidad, ni mucho menos al sufrimiento que millones de personas están padeciendo, nos motiven, animen y llenen de esperanza.

El pasado Capítulo General de Biên Hòa, al hablarnos acerca de nuestra predicación (podríamos ampliarlo a todas nuestras conversaciones), nos instaba a que “Si el Evangelio es una Buena Noticia, la predicación debe resultar estimulante y sus contenidos deben ser enormemente positivos. A santo Domingo le reconocemos como “predicador de la gracia”. La positividad, o lo que podríamos llamar “cultura de la gracia” es configurativa en la predicación dominicana. Aunque no podemos ignorar el pecado de nuestro mundo, exhortamos a los hermanos a predicar siempre desde la bondad y la misericordia” (ACG Biên Hòa, 178).

Es precisamente en ese contexto y teniendo como base el evangelio del domingo 29 de marzo de 2020 sobre la Resurrección de Lázaro, que quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones que éste me suscitó y que considero podrían ser apropiadas para nosotros e incluso para nuestros familiares y amigos:

1. “Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (Jn. 11, 4)

Comienza el Evangelio narrando que las hermanas de Lázaro le mandaron a decir a Jesús que su amigo, el que él ama, está enfermo (Jn. 11, 3), frente a lo cual el Señor les responde con absoluta seguridad que “esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para gloria de Dios”. A renglón seguido narra el evangelista que Jesús “se quedó aún dos días más donde estaba” (Jn. 11, 6)). Llama la atención, e incluso causa cierta perplejidad, que no salga corriendo a auxiliar a su gran amigo, sino que se espera unos días más. Nunca sabremos las razones que tendría Cristo para tal actitud y tampoco las que tendrá hoy Dios para no salir aún, en nuestro auxilio, tras tantas súplicas, ruegos y oraciones de millones de hombres y mujeres de todo el mundo. ¡Cuánto desearíamos que cesara ya la propagación de este virus y sus efectos directos y colaterales!, ¡Cuánto desearíamos que nos levantáramos y todo hubiese sido un sueño!, ¡Cuánto desearíamos que Dios posase su mano sobre toda la humanidad y la sanara de manera misteriosa y definitiva! Sin embargo, aquel que en otro momento dijo a los discípulos de Emaús “¿No era necesario que el Cristo padeciese estas cosas antes de entrar en su gloria?” (Lc. 24, 26) nos invita al igual que a Marta y María a no desfallecer y no perder la fe y la esperanza porque para entrar en la gloria hay que pasar por la cruz.

Recuerdo ahora una anécdota personal: Cuando yo tenía unos 12 años me atropelló un carro que me dejó gravemente herido, sin poder caminar y con laceraciones en todo el cuerpo. Mi mamá era quien me hacía las curaciones (que consistían básicamente en lavar fuertemente las heridas con agua y jabón y luego aplicar en ellas merthiolate) y yo le decía que si no se daba cuenta de lo mucho que me ardía y dolía. Y ella me respondía con amor y paciencia: “a mí me duele más que a ti”. Hoy pienso que es lo mismo que nos podría decir Dios a nosotros: “aunque no lo crean, me duele más a mí que a ustedes, pero todavía no ha llegado mi hora”. Confiémonos a los cuidados de Dios en estos momentos, como lo hicimos a los de nuestras mamás cuando éramos niños; y mantengamos la confianza en aquellas palabras que bellamente nos recordó el Papa Francisco estos días: “¿por qué tenéis miedo? ¿aún no tenéis fe? (Mc. 4, 40) porque a él le importamos más que a nadie”.

2.

“Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá” (Jn. 11, 21)

En la segunda parte del relato aparece de nuevo Marta reprochándole a Jesús el no haber ido a auxiliarla a tiempo, pero en esta ocasión se ve que su fe ha dado un paso más. A pesar de que la enfermedad ya cobró la vida de su hermano, ella manifiesta ahora su seguridad en que él no le va a fallar. Y es que ciertamente es en las situaciones límites donde, además de ponerse a prueba nuestra fe, ésta más crece y se fortalece. El desánimo y la desesperanza no cabe en quienes han puesto su confianza en el Señor:

“Descansa sólo en Dios, alma mía, porque él es mi esperanza; sólo él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré. De Dios viene mi salvación y mi gloria, él es mi roca firme, Dios es mi refugio” (Salmo 68, 6-8).

Aunque la situación empeore, aunque no veamos la salida al final del callejón, aunque sintamos que nuestras fuerzas se desvanecen, no dejemos de creer en “Aquél que es poderoso para hacer todo mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros” (Ef. 3, 20). Marta sabía muy bien en quien estaba poniendo su esperanza y su fe. Sabía que él no le iba a fallar. Nosotros también sabemos en quien confiamos, en quien creemos y sabemos que “para Dios todo es posible” (Mc. 10, 27).

¿Cuál fue la única condición que le puso Jesús a Marta antes de resucitar a Lázaro? La fe (Jn. 11, 28). Y la fe se acrecienta y se pone a prueba en una de las prácticas cuaresmales que más bien nos hace: la oración. Acerquémonos a ella con fe decidida, con la confianza plena en Dios, tal y como lo hacía Nuestro Padre Santo Domingo que nunca dudó en la providencia divina; así se lo manifestó en una ocasión al Prior del monasterio de Casamarie: “Te confieso, prior [...] que hasta hoy nunca he pedido una cosa a Dios que no la haya conseguido (C. de Orvieto, N. 45). Y para ser consecuente con sus palabras, invitó a éste a hacer oración esa noche con esta otra frase lapidaria: “confío en el Señor que no defraudará el deseo de nuestras súplicas”. Que este tiempo de retiro, que felizmente coincide con la cuaresma, reforcemos nuestra oración personal y comunitaria y así, siguiendo las enseñanzas de San Pablo que nos dice: “manteneos firmes en la fe; portaos con valentía, sed modelo de fortaleza” (1 Cor. 16, 13), podamos salir **renovados en la esperanza.**

3.

“El Maestro está ahí y te llama” (Jn. 11, 28)

En un retiro espiritual que hicimos con la comunidad del Convento Enrique Lacordaire en el Monasterio de los benedictinos en Guatapé hace ya varios años, nos contaba el Abad que a quienes se le acercaban a pedirle un consejo porque no “aguantaban” a su marido, a su

mujer, a su compañero de religión o de trabajo, a su jefe, etc., les solía decir: “ten en cuenta que lo mejor de todo es que ese marido, esa mujer, ese compañero, ese jefe no va a cambiar, se va a poner peor y aun así, tendrás que seguir aceptándolo, queriéndolo tal y como es”. Hay cosas que no podemos cambiar, que no depende de nosotros cambiarlas, pero sí está en nuestras manos el cómo asumirlas, cómo aceptarlas, cómo transformarlas en oportunidades. Es en las crisis donde más se pone a prueba el carácter de las personas, donde se puede ver de qué estamos hechos, pues éstas, las crisis, ayudan a crecer, despiertan nuestra inventiva, nos hacen progresar, desafían nuestras mentes y fomentan la creatividad. Marta sabía que Jesús no se iba a quedar de brazos cruzados, que algo iba a hacer, es más, lo estaba desafiando, lo estaba llevando al límite. Y él se dejó desafiar. Sólo le pidió una cosa, como lo afirmábamos más arriba: creer, tener fe, tal y como se lo pediría luego a todos los que se acercaban a él para que les auxiliara en sus necesidades. Hoy también a nosotros él nos está pidiendo que tengamos fe, que confiemos en él, que “esta esperanza no defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado.” (Rm. 5, 4).

No obstante, lo anterior, él también nos invita, por medio del apóstol Santiago, a no quedarnos quietos, a desarrollar todos nuestros dones para ponerlos al servicio de los demás: “Así también la fe por sí misma, si no tiene obras, está muerta. Pero alguno dirá: Tú tienes fe y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin las obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras” (Sant. 2, 17-18).

Es mucho lo que tenemos que orar, más es mucha la caridad que tenemos que hacer. El ayuno cuaresmal no se puede quedar en una práctica solipsista que busca la santificación o salvación personal de espaldas al dolor y sufrimiento del pueblo. Éste ha de llevarnos a la caridad, a la misericordia y compasión para con los hermanos que viven en la pobreza y el abandono. ¿Cuántas personas hoy no tienen que comer porque no pueden salir a trabajar a conseguir su diario sustento?, ¿Cuántas familias están viviendo un verdadero calvario en estos días?, ¿Cuántos hombres y mujeres deben pasar las noches a la intemperie porque no les alcanzó para pagar una cuarto?, ¿Cuántos no han quedado estos días con las manos tendidas esperando una limosna que no va a llegar? Yo sé que muchos nos hemos hecho estas preguntas a lo largo de estos días, pero ¿qué hemos hecho para paliar ese sufrimiento?, muy seguramente varios si han hecho algo, ¿y los que no? Les invito hermanos y hermanas a que, ya sea personal o comunitariamente, brindemos alivio a algunas de estas personas. Nuestro Padre Santo Domingo, como lo dice la tradición, vendió sus libros porque no quería “estudiar sobre pieles muertas mientras manos con hambre se tienden yertas”. Vivimos en un momento en el que más que nunca debemos ser solidarios con los más desfavorecidos de nuestra sociedad, no podemos quedarnos insensibles ante tanto dolor.

En las palabras ya citadas del papa Francisco el pasado viernes 27 de marzo, nos decía: “Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por

la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo”. Lo que estamos viviendo no nos puede dejar “imperturbables”, como si estuviésemos anestesiados. Así como a María, Marta nos está diciendo que “el Maestro está ahí y te llama”. ¿En dónde? Ya lo han dicho Puebla y Aparecida: Cristo está en el rostro sufriente de los pobres, de los abandonados, de los olvidados, de los marginados, de los enfermos, de los hambrientos, de los encarcelados, de los sin techo..., de tal manera que ahí es donde tenemos que buscar a Cristo para que le ayudemos a cargar la cruz: “lo que hicisteis con uno de estos mis pequeños hermanos conmigo lo hicisteis” (Mt. 25, 40).

4. “Lázaro, sal fuera” (Jn. 11, 43)

Con cuánta ansia estamos todos esperando que también se nos digan estas palabras: ¡Sal fuera! Y sin embargo por todo lado se nos dice “quédate en casa”. Lázaro pasó cuatro días en el sepulcro, nosotros aún no sabemos cuántos días serán los que debemos estar en casa. Lo que sí sabemos es que no serán pocos. El aceptar esta realidad es un primer paso para mantener la calma y la salud mental. ¿Cómo los vamos a vivir? Es cuestión de medida y creatividad. Les corresponde a los priores, superiores, prioras y superioras de nuestras comunidades propiciar los espacios y las estrategias para evitar que los hermanos y hermanas se encierren en sí mismos o, por el contrario, perturben la paz de la comunidad yendo de un lado a otro sin saber qué hacer.

Aprovechar al máximo este tiempo de gracia, previo a la Semana Santa o durante ella, será una oportunidad privilegiada para fortalecer la fe y la vocación, para reconstruir los tejidos comunitarios rotos por nuestros compromisos personales y laborales y por el ajetreo del día, para construir puentes entre los hermanos y especialmente para ponernos al servicio de los demás y purificarnos de tantos otros virus que mucho mal nos hacen: la envidia, los comentarios difamadores, la insensibilidad, el egoísmo, la crítica mordaz y destructiva, el pesimismo, etc.

Es común escuchar ese adagio popular que dice: “la vida se la hace el soldado”. Efectivamente, cada uno hará que estos días sean una tortura o un tiempo de gracia, un espacio para el encuentro o para el aislamiento, o una ocasión propicia para crecer humana, espiritual e intelectualmente o para derrumbarse. Sea lo que sea, no podemos olvidar que estamos en la misma barca y que todos tenemos que remar hacia el mismo lado y al unísono, para llegar a buen puerto.

“¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?” (Jn. 11, 40)

Aunque a veces nuestra fe desfallezca, aunque a veces nuestro ánimo se resienta, aunque la rutina nos ahogue, abandonarnos en las manos de Dios será el mejor resguardo que tendremos: “porque hiciste del Señor tu refugio, tomaste al Altísimo por defensa, no se te acercará la desgracia, ni la plaga llegará hasta tu tienda, porque a sus ángeles ha dado órdenes, para que te guarden en tus caminos” (Sal. 90, 9-11). Al final veremos la gloria de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, que la Semana Santa que se acerca nos fortalezca en la fe y la esperanza para que confiados en Dios podamos resucitar con él como lo hiciese Lázaro y para que también como él, podamos salir a anunciar las maravillas del Señor a todos los pueblos.

Felices pascuas.


fr. **Diego Orlando Serna Salazar, O.P.**
Prior Provincial



Bogotá, D.C., 31 de marzo de 2020